

## CÚPULA3000

POR NINFA MEJÍA

Son las diez de la mañana; las anekin ya trinan sobre el tríadeh que se encuentra frente a mi casa. Me gustan los colores de sus plumas y los picos tan largos que rematan sus caras. Los sonidos que producen son una melodía que provoca sopor en algunos seres, pero no en mí. Mi madre grita mi nombre con un tono de desesperación. Tomo el traje que cuelga en la puerta y peino mis cabellos. Me visto con rapidez y observo por la pequeña ventana de mi habitación antes de abandonarla.

Salgo hacia el comedor. Muero de hambre. Sobre la mesa humean tres tazas y en los platos un guisado extraño que siempre comemos: el color gris y la consistencia babosa me provoca asco. Aun así, debo comerlo. Mis padres saborean el contenido de sus tazas. El trish, preparado con el líquido dorado de los sheperks, los traslada a mejores épocas. Mi madre comenta que se parece a lo que producían unos insectos de su planeta de origen: la miel. Me gusta el sonido de esa palabra.

Después del desayuno cada uno se va a su cuarto o caminamos cerca de la casa. Mi padre nos prohibió avanzar más allá de las colinas donde se oculta una de las lunas. A veces escucho a mis padres discutir y usan palabras que no entiendo. Parecen preocupados. Desde que tengo memoria me cuestiono porqué vivimos aquí, porqué no hemos visto a otros seres como nosotros. Siento que...

Mi madre nunca me dijo cómo habíamos llegado a este sitio. Constantemente la abrumo con preguntas sobre el origen de la vida, de las especies, porqué en el cielo salen dos lunas... Ella me mira profundamente y después de un suspiro, se da la media vuelta. Dice en un murmullo que no quiere recordar, que a veces es mejor seguir sin mirar lo que se deja atrás. No la entiendo.

Algunas tardes recorreremos este sitio. Abarcamos aproximadamente dos kilómetros. Más allá no sabemos que existe. Solamente conocemos las colinas, el conjunto de tríadeh que crece cuando las lunas cumplen sus ciclos, algunas especies que viven en los alrededores y que, hasta ahora, no han sido letales. Miro el cielo de vez en cuando. No sé de qué color es realmente. Mi padre, que es muy creativo, me enseñó a mirar formas en las nanushkas, entonces observo fijamente cuando caminamos y las señalamos intentando adivinar qué miró el otro.

También inventamos historias para no aburrirnos. Hablan de sitios donde hay grandes cascadas, animales exóticos y donde el cielo es azul. De sus labios salen palabras que me provocan cosquilleo en la lengua: delfines, perros, ballenas, trigo, rocas, fuente, mar, arena. He soñado con estos paisajes y en mis sueños veo el cielo azul, como si fuera el azul del que mis padres hablan. *Como si ya lo conociera.*

Los días son iguales para nosotros. Nadie ha tocado nunca a la puerta de la cúpula, mis padres discuten a veces, caminamos y anotamos en la bitácora si vemos alguna especie nueva, cambios en las nanushkas o los ciclos de crecimiento de los tríahde, recolectamos semillas. Ahora que estoy cerca de cumplir diecisiete ciclos de lunas quisiera obtener al menos unas cuantas respuestas.

Cierta tarde, las anekin huyeron y sus trinos fueron aterradores. Algo las asustó.

Sobre nosotros se escucharon unos ruidos extraños, ajenos a los sonidos que siempre nos rodeaban. No pude compararlo con nada. Me asomé por la rendija de la parte posterior de la cúpula. Eran cinco objetos pequeños de color negro con ventiladores en la parte superior. Mi padre se asomó por la ventana de su cuarto y solo alcancé a escuchar: *son ellos*. Corrimos al pequeño búnker que mis padres construyeron antes de que yo naciera. Permanecemos en silencio por varios minutos.

Sabía dónde estaba el búnker, pero tenía prohibido entrar. Era un cuarto de 2x2 metros, con una luz incandescente al centro. Un mueble negro sin puertas dejaba a la vista latas de comida que nunca había visto ni probado: conservas, frutos secos, verduras. No tenía idea de qué era todo eso. En unos recipientes transparentes estaba el líquido vital que consumíamos en contadas ocasiones: eran cinco. Una cobija, tres almohadas, armas diversas y respiradores se acomodaban en un rincón. Miré a mis padres que sudaban frío.

- Creo que ya es hora de que Isaak sepa toda la verdad, cariño. No podemos continuar así.
- ¿La verdad?, ¿cuál verdad? — dije asustado.
- Hijo — comenzó mi padre — no somos de aquí. Eso creo que lo tienes bastante claro. Las historias que te hemos contado no son inventadas: todo existe. En la Tierra. Ese es nuestro planeta de origen. Esos objetos que nos sobrevuelan son *ellos*, los que nos desterraron aquí hace tantos años. Se llaman drones y poseen una cámara para grabar y monitorear. Nos han encontrado. Les tomó bastante tiempo dar con nosotros, pero no tiene sentido que después de todo vengan a buscarnos.
- ¿¡Qué quieren!?! Si ya no vivimos ahí, ¿por qué nos buscan?
- Debieron volver por nosotros hace muchos años. Nos abandonaron a nuestra suerte y hemos hecho de todo para arreglárnoslas. Ahora no entiendo qué buscan — continuó mi padre alzando la mirada.
- Isaak, debes escucharnos. Puede pasar cualquier cosa y es mejor que estemos preparados — pidió mi madre.

Mis padres vivían en la Tierra cuando aún era posible la vida allí. Ambos se dedicaban al estudio de los exoplanetas y de la astronomía de estos. Trabajaban en un programa secreto de una asociación llamada *Asociación Nacional de Exoplanetas* o ANE por sus siglas.

Conforme pasaron los meses, el programa comenzó a tomar fuerza y otras organizaciones se vieron involucradas para detenerlos. Dos de los jefes habían utilizado información clasificada para ofrecer mejores condiciones de vida en uno de los exoplanetas. Los precios eran elevados y los conflictos políticos también. Las autoridades necesitaban voluntarios para el prototipo de Cúpula3000 antes de lanzar el producto al mercado. Sus jefes ofrecieron este viaje a los que estaban más preparados: mis padres.

En una junta les comentaron el proyecto, sin mencionar los contras y siempre resaltando el beneficio para la humanidad. El planeta Tierra ya estaba a su máxima capacidad, era oportuno buscar otras soluciones. No habían cesado las guerras, el cataclismo era inminente y ellos eran la única esperanza. Mis padres fueron tan crédulos como dos niños pequeños, sin saber que se convertían en los conejillos de indias. En ese instante no pensaban en construir una familia. Nada detenía los planes del programa y ellos eran expertos en ese exoplaneta.

A pesar de que tenían miedo, decidieron arriesgarse. Se despidieron de sus familias y de todo lo que conocían. Despegaron una tarde de abril en una nave que contenía lo necesario para construir la Cúpula3000, semillas de tría hde que recolectaron unos robots años antes, tecnología para mantener la comunicación y archivos digitales de recreación dimensional. Después de tres días de viaje, la nave aterrizó en el exoplaneta LR0401. Estaba cerca de Marte. Por eso las dos lunas también afectaban la estructura del exoplaneta.

Descendieron y observaron que todo lo que habían estudiado, las fotografías, las noches frente al telescopio, los libros que llevaban con información, todo se quedaba corto. En la inmensa oscuridad del universo se sentían mucho más solos. Sacaron la Cúpula3000 y accionaron el mecanismo para que se armara. Mi madre soñaba con su habitación, así que la recreó en la nueva casa. Establecieron comunicación con la ANE. El primer año comenzaron las pruebas en el exoplaneta en un radio de 40 metros. No querían arriesgarse a ir más allá.

Una noche, la ANE mandó un último mensaje al dispositivo de mi madre: “10-37. Habitantes de la Cúpula3000: Siendo las veinte horas del lunes 27 de junio de 2052, se informa la detención del programa y la disolución de la Asociación. Lamentamos los inconvenientes. Larga vida en el exoplaneta. Cambio y fuera”.

Mis padres se quedaron callados.

— Volver a la Tierra era impensable — recordó mi padre — No contábamos con los elementos necesarios para hacerlo. Nos abandonaron a nuestra suerte.

Mi madre mantenía la cabeza abajo y la mirada perdida. Ellos quisieron regresar. Sus familias continuaban viviendo en la superficie terrestre. Sabían que jamás volverían a verlos y que la muerte era inminente.

Pasado un tiempo decidieron plantar semillas y utilizar los recursos a su favor. Sembraron un triadeh que creció en tiempo récord debido a las condiciones del suelo. Con los archivos digitales simularon los objetos que les causaban alegría. Las habitaciones, la mesa, las tazas. Solo así sería posible sobrevivir. Un año después del abandono por parte del programa, nació yo. La esperanza de regresar se esfumó con el paso del tiempo.

Dentro de mi mente, las redes neuronales comenzaron a unirse para formar el rompecabezas de mi origen, del de mis padres y de la situación que se abría frente a nuestros ojos. Me observaron por instantes después de contarme la verdad. Me quedé con un nudo en la garganta. Habían pasado casi diecisiete ciclos de lunas y ellos no habían vuelto a ver a lo suyos. Un atisbo de tristeza me embargó: tal vez ya ni siquiera existía la Tierra.

Los drones se fueron esa noche, pero volvieron los días siguientes.

Sobrevolaban la cúpula, tomaban fotografías y se alejaban. Los escuchábamos antes de dormir, recorriendo las zonas exploradas por nosotros. No iban más allá. Mi padre se cuestionaba dónde estaban los mandos, desde qué parte del exoplaneta operaban y porqué no se habían presentado aún. Nos causaba repulsión la invasión a nuestra privacidad. No éramos los malos: ellos nos habían desterrado.

Durante un mes se mantuvo la misma situación. La noche antes de cumplir los diecisiete, todo cambió. Sonaron disparos en todas direcciones.

— ¡Parecen bombas! — gritó mi madre.

Yo no sabía que era eso, pero supuse que algo muy malo, porque hablaba cosas sin sentido. Deliraba y tomaba provisiones del búnker.

— Mientras termina de hablar, buscaré otras soluciones. No podemos quedarnos así — comentó mi padre.

Solo había una solución.

La única en la cual mis padres habían acordado si nos encontraban. Si alguna vez decidían volver a buscarnos. No hice preguntas, ¿qué sentido tendrían las respuestas cuando todo está a punto de terminarse?

Quedamos de vernos donde se escondían las anekin. Sí, más allá de los límites conocidos. Saldríamos uno por uno y las seguiríamos. Esperamos pacientemente para despistar a los drones. Primero fue mi madre. Después yo. Las anekin sobrevolaban el firmamento; era un espectáculo digno de admirar. Mi padre permanecería ahí hasta saber que estábamos a salvo, mi madre haría un ruido similar al de las anekin para avisarle: era nuestro código secreto.

Llegamos jadeando a una cueva; los drones seguían vigilando, en espera de que saliéramos. Lo habíamos logrado. De repente un ruido nos ensordeció. Cayó una especie de misil sobre nuestra Cúpula3000. Comenzó a desmoronarse. Mi madre pegó su cuerpo al mío. Temblaba. Yo solo miraba para ver salir a mi padre. Un recuerdo atravesó la mente de mi madre: la guerra, la muerte, el poder que siempre caía en manos de unos cuantos. La sangre que se riega en nombre de...

En el cielo, las dos lunas comenzaban a unirse en una danza extraña, pero mágica. Se cumplían mis diecisiete ciclos de lunas. Esperamos a mi padre... Otro misil rompió la oscuridad del cielo. Las lágrimas brotaban copiosamente de los ojos de mi madre. Me tapó las orejas y nos abrazamos, mientras las lunas iluminaban la cueva.

— Felices diecisiete, hijo — sollozaba mi madre.

A lo lejos mi padre desaparecía con nuestro hogar y todos nuestros recuerdos.

Felices diecisiete...